

El evangelio: una ciencia de la violencia

ÁNGEL BARAHONA PLAZA¹

Resumen

Fundamentándose en la Teoría Mimética de René Girard, este artículo pretende desvelar el funcionamiento del sistema represivo que la humanidad utilizó frente a la violencia intrínseca a sí. Mostraremos que en las sociedades arcaicas los asesinatos eran tenidos como método de expiación del mal, permitiendo la retomada de la paz, de la seguridad, de la amistad y del orden, interno o externamente, por la expiación de víctimas. El objetivo de este estudio será el de mostrar que la propuesta del cristianismo es capaz de dar resolución al problema de la violencia actual, posibilitando al hombre moderno encontrar la reciprocidad pacífica de la violencia absoluta en el logos evangélico del amor.

Palabras-llave

René Girard. Teoría mimética. Violencia. Víctima expiatoria. Evangelio.

Resumo

Fundamentando-se na Teoria Mimética de René Girard, este artigo pretende desvelar o funcionamento do sistema repressivo que a humanidade utilizou-se frente à violência intrínseca a si. Mostraremos que nas sociedades arcaicas os assassinatos eram tidos como método de expurgamento do mal, permitindo a retomada da paz, da segurança, da amizade e da ordem, interna ou externamente, pela expiação de vítimas. O objetivo deste estudo será o de mostrar que a proposta do cristianismo é capaz de dar resolução ao problema da violência atual, posibilitando ao homem moderno encontrar a reciprocidade pacífica da violência absoluta no logos evangélico do amor.

Palavras-chave

René Girard. Teoria mimética. Violência. Víctima expiatória. Evangelho.

¹ Doctor en Filosofía y profesor de la Universidad Francisco de Vitoria, Madrid. E-mail: angelbara@telefonica.net.

Es una extraña y larga guerra aquella que en la que la violencia trata de derrotar a la verdad. Todas las fuerzas de la violencia no pueden debilitar a la verdad y solamente sirven para fortalecerla más. Todas las luces de la verdad nada pueden para detener la violencia y lo único que hacen es irritarla más. ... la violencia y la verdad nada pueden la una contra la otra. Que no se deduzca de esto, sin embargo, que las dos cosas sean iguales, porque hay la extrema diferencia de que la violencia sólo tiene una vida limitada por disposición de Dios, que guía los efectos a la gloria de la verdad que ella ataca, mientras que la verdad subsiste eternamente y triunfa al fin de sus enemigos, porque es eterna y poderosa como el mismo Dios.

Blaise Pascal, Las provinciales, carta XIII.

1 NO HAY PEOR CEGUERA QUE LA DEL QUE NO QUIERE VER

Como dice René Girard³ textualmente que nos recuerda la cita de Pascal que inicia el texto:

No se puede captar la verdad más que si se actúa en contra de las leyes de la violencia, pero no se puede actuar en contra de esas leyes más que si se ha captado ya esa verdad. La humanidad entera está encerrada dentro de este círculo. Por eso los evangelios, el Nuevo Testamento en su conjunto y la teología de los primeros concilios, afirman que Cristo es Dios, no porque haya sido crucificado, sino porque es el Dios nacido de Dios desde toda la eternidad [...]. El hecho de que en los evangelios esté encerrado un saber auténtico de la violencia y de sus obras no puede ser de origen simplemente humano.

El escepticismo contemporáneo y la resistencia ilustrada, están escandalizados de la violencia que nos rodea. Barruntan hipótesis explicativas de todos los tipos, desde las materialistas-biologicistas que reducen la humanidad a la animalidad (e incluso afirman mayor “humanidad en el animal” que la propiamente humana, véase el Proyecto simio) hasta las más increíbles que imputan a las religiones el fenómeno, sin más.

2 Apud DAMPIERRE, R. de. *Blaise Pascal: obras completas*. Madrid: Alfaguara, 1981. p. 181.

3 GIRARD, René. *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. Paris: Grasset, 1978. p. 233, tradução nossa.

La palabra violencia ha encontrado su antítesis en la palabra paz, pacifismo, no-violencia. Esta antítesis denota que no hay, en el mundo actual, más aspiraciones a superar la violencia que con un antagonismo de igual nivel y de signo contrario. Pero el abuso de una, como de la otra, ha degradado el significado de ambas. Violencia, lo mismo se usa para un cachete de un padre a un hijo díscolo, como para un atentado terrorista de decenas de muertos. Este uso recurrente para significar cosas tan diferentes en grado y cualidad, reduce la comprensión y lo confunde todo. Propongo que nos adentremos en un mayor nivel de complejidad, poniendo en comparación a la violencia con una antítesis nueva: el amor.

La palabra amor es la que, en el siglo XX, ha sufrido más desgaste semántico. Le ha pasado algo parecido a lo que observábamos respecto a la violencia: un uso abusivo y omnímodo ha hecho que se confunda con un afecto, más fuerte que una mera amistad, con una pasión momentánea o, ya degradado, con la mera satisfacción de los propios deseos (*Deus Caritas est*).

Los intelectuales y científicos, en su ceguera y prepotencia, siguen sin entender la violencia y, por tanto, sus armas para controlarla resultan siempre ridículas y peligrosas porque la potencian de manera exponencial cada vez que intentan atajarla. No se han dado cuenta de que las religiones son los primeros intentos infructuosos de controlar esa fuerza natural. Siguen negando la realidad de la violencia que exhiben descaradamente los ritos, pero que los mitos semivelan, sin embargo, no dudan en ver la Pasión de Cristo como un mito más entre otros. Los prejuicios y los tópicos antirreligiosos siguen cegando los ojos a la supuesta mirada lúcida de nuestros intelectuales, generando nuevos mitos, sin saberlo, en el hombre de la razón científica o instrumental. Girard⁴ es tajante en su afirmación de que “el rechazo de lo real es el dogma número uno de nuestro tiempo. Es la prolongación y perpetuación de la ilusión mítica original”. Y, también siguen sin ver cuál es el verdadero antídoto contra la violencia.

4 GIRARD, René. *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. Paris: Grasset, 1978. p. 233, tradução nossa.

El trabajo de Girard se había presentado hasta el año de la aparición de *Des choses cachées* como una aproximación a lo religioso arcaico, a través de una antropología comparada. Quería esclarecer eso que se ha llamado proceso de hominización, el paso de la animalidad a la humanidad. Su hipótesis es que el deseo – ese factor que mueve al hombre al encuentro de las cosas y de los otros hombres – es fundamentalmente mimético: porque los hombres se imitan más que los animales han tenido que encontrar un medio de paliar una simetría peligrosa y contagiosa, una rivalidad que exasperada podía conducirlos a la desaparición de sus sociedades. Cuando los hombres desean lo mismo, cuando se encuentran en el camino hacia la apropiación de algo que otros también lo quieren – tal vez porque otro lo quiere es atractivo – irrumpe un mecanismo que viene a reintroducir alguna diferencia allí donde cada uno se asemejaba al otro y compite con el otro: el asesinato diferenciador, el sacrificio. La muerte arbitraria y luego la ritual representan la primera posibilidad de reflexión sobre la violencia humana en el hombre primitivo.

El hombre surge del sacrificio, es, por lo tanto, hijo de lo religioso. Lo que ya Freud llama: el asesinato fundacional – a saber, la inmolación de una víctima expiatoria, a la vez culpable del desorden y restauradora del orden – se vuelve a encontrar constantemente en los ritos, en el origen de nuestras instituciones. Millones de víctimas inocentes han sido de esta forma inmoladas desde el alba de la humanidad para permitir a sus congéneres vivir juntos; o incluso, simplemente, para no llegar a autodestruirse. Tal es la lógica implacable de lo sagrado (*sacrum-facere*), que los mitos disimulan cada vez menos, a medida que el hombre toma conciencia de sí mismo.

En los mitos, las víctimas son siempre culpables, porque el relato está escrito siempre desde el punto de vista del engaño y la ilusión creados por el fenómeno victimario y por los vencedores o perseguidores. Porque es considerada culpable la víctima canaliza la violencia de todos a través de ella y accede a la categoría mítica. Sin embargo, en lo judaico y lo cristiano ocurre lo contrario: la víctima es inocente. Obsérvese la diferencia entre Caín y Abel por un lado y Rómulo y Remo por otro. Remo es culpable, su muerte es justa, puesto que Rómulo es el fundador glorificado de Roma. En cambio, en la

Biblia irrumpe una escandalosa diferencia – por inédita – Dios pregunta a Caín: “¿Dónde está Abel, tu hermano? ¿Qué has hecho?”. Dios acepta, es cierto, fundar el género humano sobre esta base del asesinato, pero se preocupa por la suerte de Abel, víctima inocente. Este rasgo es único. Sólo la Biblia “desviolentiza” lo sagrado. El cristianismo contradice de golpe los mitos. Los ritos de las religiones no cristianas después de sacrificar hacen retornar a sus víctimas en los mitos como vueltas a la vida, siguiendo los ciclos anuales de la naturaleza. Son dioses de la naturaleza. La fe cristiana consiste en pensar que, a diferencia de las falsas resurrecciones, arraigadas de verdad en los asesinatos colectivos, la resurrección de Jesucristo no debe nada a la violencia de los hombres. Se produce inevitablemente tras su muerte, pero no inmediata, sólo el tercer día, y tiene su origen en Dios mismo, no en la inventiva humana de hacer dioses de sus víctimas. Por eso los evangelios no prestan atención, aunque la mencionen, a la superstición herodiana cuando se rumorea que Juan Bautista ha resucitado:

Es el cristianismo el que desmitifica lo religioso y esta desmitificación, buena en términos absolutos, se ha revelado relativamente negativa, ya que no estamos preparados para asumirla. No somos lo bastante cristianos. Se puede formular esta paradoja de otra forma, y decir que el cristianismo es la única religión que habría previsto su propio fracaso. Esta presciencia se llama Apocalipsis. Es en los textos apocalípticos, en efecto, donde la palabra de Dios se hace escuchar con más fuerza, en contraste con los errores imputables únicamente a los hombres, quienes querrán reconocer cada vez menos los mecanismos de su violencia. Cuanto más persistan en su error, más la potencia de esta voz se libraré de la devastación. Esta es también la razón por la que nadie quiere leer los textos apocalípticos que abundan en los Evangelios sinópticos y en las epístolas de Pablo. Es también la razón por la que nadie quiere reconocer que estos textos se realizan bajo nuestros ojos como la consecuencia de la Revelación despreciada. Una vez en la historia, la verdad sobre la identidad de todos los hombres ha sido dicha, y los hombres no han querido escucharla, agarrándose de forma cada vez más frenética a sus falsas diferencias⁵.

5 GIRARD, René. *Achever Clausewitz: entretiens avec Benoît Chantre*. Achever Clausewitz. Carnetsnord, París, 2008. p. 7, tradução nossa.

2 ¿CÓMO OPERA ESA REVELACIÓN?

Jacques Derrida en su ensayo *La diseminación*⁶ nos habla de los *pharmakoi* en la Grecia antigua, que cumplen la misma función que el Rey Swazi que recoge Frazer en la rama dorada o las víctimas aztecas o mayas que nos relata Joelt González en *El sacrificio entre los mexicas*: las víctimas eran cuidadas y alimentadas de manera exquisita hasta el momento en el que se las necesitase (fiestas o catástrofes) para ser sacrificadas. Antes de lapidarlas o descuartizarlas se las sometía a un rito cruel y sofisticado. Su elección como víctimas era cuidadosa: los rasgos que las definían eran aquellos que representaban alguna singularidad que destacaba su rareza o su incapacidad para desencadenar una venganza interminable (ser huérfano, extranjero o esclavo, etc.). Nuestros críticos literarios y antropólogos, amantes de la cultura clásica, se resisten a enfrentarse con estas costumbres tan “primitivas”, pero es indudable que eran recursos a mano para solucionar determinados problemas sociales. Según Plutarco, la víspera de la batalla de Salamina, Temístocles, presionado por la multitud, hizo sacrificar a prisioneros persas. Girard nos relata en su libro *Veo a Satán caer como el relámpago*⁷, un acontecimiento histórico recogido por Filóstrato, que narra un “milagro” incluido en su *Vida de Apolonio de Tiana*.

Nos cuenta Girard⁸: Los efesios no podían librarse de una grave epidemia. Tras intentar inútilmente muchos remedios, se dirigieron a Apolonio, quien acudió a Éfeso y les anunció la inmediata desaparición de la peste: “Hoy mismo pondré fin a esta epidemia que os abruma”. Tras pronunciar estas palabras condujo al pueblo al teatro, donde se alzaba una imagen del dios protector de la ciudad. Vio allí a una especie de mendigo que parpadeaba como si estuviera ciego cubierto de harapos, y de aspecto repelente. Tras colocar a los efesios en círculo en torno al mendigo, Apolonio les dijo: “Coged tantas piedras como podáis y arrojadlas sobre este mendigo de los dioses”. Los efesios preguntaron adónde quería ir Apolonio. Les escandalizaba la idea de matar a un desconocido manifiestamente miserable

6 DERRIDA, Jacques. *La dissémination*. Paris: Éd. du Seuil, 1993.

7 GIRARD, René. *Je vois Satan tomber comme l'éclair*. Paris: Librairie générale française, 2001.

8 Ibid.

que les pedía suplicante que tuvieran piedad de él. Insistía Apolonio hasta que uno de ellos, obedeciendo sus indicaciones, empezó a arrojarle piedras. El mendigo que parecía ciego, les lanzó súbitamente una mirada penetrante mostrando unos ojos llenos de fuego. Y los efesios, convencidos entonces de que tenían que habérselas con un demonio, se congregaron en círculo en torno a él y lo lapidaron con tanta saña, que las piedras arrojadas formaron un gran túmulo alrededor de su cuerpo. Apolonio los invitó a retirar las piedras y contemplar el cadáver del animal salvaje al que acababan de matar. Una vez liberada la criatura del túmulo de proyectiles, comprobaron que no era un mendigo. En su lugar vieron una bestia que se asemejaba a un enorme perro de presa. Allí estaba, ante ellos, reducido a una masa sanguinolenta por sus pedradas y vomitando espuma como un perro rabioso. En vista de lo cual se alzó una estatua a Heracles, el dios protector de Éfeso en el lugar en que se había expulsado al espíritu maligno.

El asesinato es una catarsis, actúa como una especie de calmante, de tranquilizante, los que participan en un acto de violencia colectiva experimentan una liberación de las tensiones, y una paz inédita convencidos de haber liberado así a la comunidad del responsable de sus males. Los que hace unos momentos se encontraban acusándose unos a otros de ser culpables de la peste se ven unidos espontáneamente en torno a una víctima. Contaría *sunt circa idem*. Los que se culpaban unos a otros como causantes de la peste y se odiaban mutuamente se reúnen como una piña contra un tercero inocente, al que creen culpable. La unanimidad en señalar al culpable y en asesinarle es un lugar común en los crímenes que los pueblos cometen contra sus pobres víctimas elegidas por sus rasgos estereotipados.

Sobre el cadáver de la víctima vemos inmediatamente alzarse una estatua, un betel, altar, o ara que recuerde el sacrificio benefactor; se establece un rito y se narra posteriormente contando su virtud curativa del mal que nos aquejaba. Tras la unanimidad asesina y la víctima aparece un culto.

La diferencia con el Evangelio salta a la vista. Es cierto que, al contrario que Apolonio, Jesucristo detiene la lapidación de la mujer adúltera diciendo: “El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero”. Sin embargo, la lección principal está en otra parte: lo que Jesucristo quiere combatir es el

arrastre mimético. Es evidente que quien desencadena el asesinato colectivo tiene una responsabilidad más grande que los otros. Por eso el *Levítico* obligaba que dos testigos – los testigos de cargo – lanzaran las primeras piedras para que no testimoniaran en falso. El propósito de Jesucristo es trascender esa ley, lo que engendrará la puesta en cuestión del fenómeno victimario y, por lo tanto, sembrará el desorden entre el pueblo y provocará su propia ejecución. Denuncia sus perversos recursos asesinos y pone en evidencia la inocencia de las víctimas que en el mundo han sido: recuerda la sangre del inocente Abel, el sacrificio frustrado de Isaac, la persecución de José, encarna al siervo sufriente de Isaías, la decapitación de Juan Bautista, la muerte de todos los profetas anteriores.

Además inaugura una sabiduría: cómo funcionan las sociedades humanas, cómo funcionan las masas, qué estrategias utilizamos para mantener el orden social. El gesto mimético digno de ser imitado, que supone tirar la primera piedra, es muy significativo. Al contrario de lo que dice Nietzsche (“El cristianismo es la multitud”), la fe cristiana exalta al individuo, que resiste al contagio victimario. El cristianismo realiza una revolución única en la historia universal de la humanidad. Al suprimir el papel del chivo expiatorio, al salvar a los lapidados, al ofrecer la otra mejilla, la fe cristiana priva de forma brusca a las sociedades antiguas de sus víctimas sacrificiales habituales. Ya no cabe dar salida al mal arrojándose sobre un culpable designado cuya muerte sólo procura una paz falsa. Al contrario, se toma partido por la víctima al rechazar la venganza, al aceptar el perdón de las ofensas.

Pero todavía hay más. Todos los discípulos traicionan a Jesús. Todos se ven arrastrados por el arrebato unánime habitual que se produce contra las víctimas. Pedro representa el modelo del individuo que, en cuanto se sumerge en una multitud hostil a la víctima, se convierte también él en hostil como todo el mundo. Y entonces todo cambia, la lógica arcaica se invierte, y los discípulos acaban por encontrarse no contra la víctima, sino favor de ella.

El arrastre mimético, en los fenómenos sociales, es la culminación del deseo mimético que surge de las actitudes individuales. Se considera que el deseo es objetivo o subjetivo; pero, en realidad, reposa sobre otro que le da valor a los objetos a nuestros ojos. Para mantener la paz entre los hombres, hay

que definir la prohibición en función de esta temible constatación: el prójimo es el modelo de nuestros deseos. Es lo que Girard llama el deseo mimético.

No obstante esta ciencia de la violencia humana y los hechos que culminaron con la muerte y el sacrificio en la cruz de Jesús, que le convirtió en paradigma de una humanidad sufriente, el cristianismo nunca previó triunfar. Ésa es su gran fuerza. Los primeros cristianos contemplaron incluso un fracaso muy rápido, de otro modo no habrían escrito el *Apocalipsis* ni creído firmemente en el fin del mundo. Al releer algunas palabras de Jesucristo, nos damos cuenta de que las relaciones más íntimas son las más amenazadoras: “He venido a separar al padre del hijo”, “No penséis que he venido a poner paz, sino espada [...]”, “Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y que he de querer sino que se encienda?”, etcétera. Sin embargo, paradójicamente, su fracaso es su éxito y su desvirtuamiento: Si todavía hoy, tras dos mil años de cristianismo, se sigue reprochando, y con razón, a ciertos cristianos que no vivan según los principios a los que apelan, es que el cristianismo se ha impuesto universalmente, incluso entre aquellos que dicen ser ateos. El sistema que se engranó hace dos milenios no se detendrá, porque los hombres se encargan de ello al margen de cualquier adhesión al cristianismo. El Tercer Mundo no cristiano reprocha a los países ricos ser su víctima, porque los occidentales no siguen sus propios principios. A lo largo y ancho del mundo, todos apelan al sistema de valores cristiano y, al final, no hay otro. ¿Qué significan los derechos humanos sino la defensa de la víctima inocente? El cristianismo, en su forma laicizada, se ha hecho tan dominante que ya no se le percibe. El cristianismo es la verdadera globalización.

3 ¿QUÉ REVELA?: EL MECANISMO VICTIMARIO

Profundamente bíblico es el principio talmúdico citado a menudo por Emmanuel Levinas: “Si todo el mundo está de acuerdo para condenar a un acusado, soltadlo, debe de ser inocente”. La unanimidad en los grupos humanos rara vez es portadora de verdad. Lo más frecuente es que constituya un fenómeno mimético, tiránico. Semejante a las elecciones por unanimidad de los países dictatoriales.

Los Evangelios revelan todo aquello que necesitan saber los hombres para comprender sus responsabilidades en cualesquiera violencias de la historia humana y en cualesquiera falsas religiones. En concreto, para que el mecanismo victimario sea eficaz, es preciso que el apasionamiento contagioso, el “todos contra uno mimético”, escape a la observación de los participantes. La elaboración mítica descansa en una ignorancia (*méconnaissance*), de la representación persecutoria, que los mitos no pueden descubrir, puesto que están poseídos por ellas. Es en este sentido en el que se les puede llamar falsas a las religiones no desmitificadas: porque son fruto de mecanismos sociales que intentan regular la convivencia, ponerle coto a las amenazas contra la sociedad contenidas en el décimo mandamiento del decálogo.

Se trata de una *méconnaissance* revelada por los Evangelios, con especial claridad en la famosa frase de Jesús durante la crucifixión, y que es preciso tomar al pie de la letra: “Padre, perdónalos, pues no saben lo que están haciendo” (Lc, 23, 34). Y San Pedro, dirigiéndose a la misma multitud que pidió días antes la crucifixión, le atribuye – según los *Hechos de los apóstoles* – las circunstancias atenuantes a las que denomina ignorancia: “Ahora bien, hermanos: sé que actuasteis por ignorancia, lo mismo que vuestras autoridades” (3, 17).

A las divinidades míticas se opone un Dios que, en lugar de surgir de un malentendido respecto a la víctima, asume voluntariamente el papel de víctima única y hace posible por primera vez la plena revelación del mecanismo victimario. Este tipo de mecanismos ha sido descubierto y deconstruido por los Evangelios. Esa es una de las tesis principales de Girard. Demos un paso más.

4 EL EVANGELIO NOS PERMITE DISTINGUIR DOS TIPOS DE TRASCENDENCIA

Más allá del Antiguo Testamento y de la mitología, el cristianismo, nos obliga a distinguir dos tipos de trascendencia, semejantes en lo exterior, pero radicalmente opuestas: una falsa y mentirosa, la del cumplimiento no consciente en la mitología del mecanismo victimario; y otra, por el contrario, verídica e iluminadora, que destruye las ilusiones de la primera al revelar la contaminación de las comunidades por el mimetismo violento y el “remedio” suscitado por el propio mal, la trascendencia que comienza en el Antiguo Testamento y alcanza su plenitud en el Nuevo.

La divinidad de Cristo se afirma mediante el “todos contra uno” mimético (la unanimidad de la masa) del que él es la víctima, pero nada debe a este fenómeno, cuya propia eficacia es subvertida por él. Como dice Girard⁹:

Reconocer a Cristo como Dios es reconocer en él al único ser capaz de trascender la violencia que hasta entonces había trascendido absolutamente al hombre. Si la violencia es la estructura de toda estructura mítica y cultural, Cristo es entonces el único sujeto que escapa a esa estructura para liberarnos de su influencia. Sólo esta hipótesis permite comprender por qué la verdad de la víctima expiatoria está presente en los evangelios y por qué esa verdad permite deconstruir todos los textos culturales [...]. No se trata de adoptar esta hipótesis -advierte Girard, que se declara católico- por el hecho de que haya sido siempre la de la ortodoxia cristiana. Si esta hipótesis es ortodoxa, es porque existía en los primeros tiempos del cristianismo una intuición rigurosa, pero implícita, de la lógica evangélica.

En cuando estas cosas empiecen a suceder¹⁰ se esclarece aún más esta idea:

Los Evangelios son promovidos por una inteligencia que no es la de los discípulos [...]. Se trata de un proceso que nos supera, ya que no hemos podido concebirla por nosotros mismos; y, por tanto, o somos capaces de asimilarla, o lo seremos pronto. Es, pues, perfectamente racional pero de una razón más alta que la nuestra. Se trata aquí, según mi punto de vista, de una iluminación nueva de una grandísima idea tradicional: la razón y la fe que se sostienen mutuamente. *Fides quaerens intellectum*, y viceversa.

5 VIVIMOS BAJO LA MENTIRA DEL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO

Sin embargo, a pesar de lo que venimos diciendo, constatamos todos los días que, mientras la inteligencia de las víctimas (James Alison) se va extendiendo, el mundo sigue bajo los auspicios de la gran mentira de la culpabilidad externa de todos nuestros males. La demonología es un auténtico

9 GIRARD, René. *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. Paris: Grasset, 1978. p. 233-234, tradução nossa.

10 Id., 1996, p. 99, tradução nossa.

saber sobre el hombre. Satanás consigue acreditar la mentira de que las víctimas son culpables. Satanás, el Acusador, fiscaliza a las víctimas poniéndolas en el brete colectivo que las señala como la personificación del mal absoluto. Los mitos funcionan así: logran convencer a las víctimas que sacrifican de que son culpables, han alterado el orden social, se han aprovechado violando los tabúes de la tolerancia social a sus desmanes, y que, por tanto, deben ser castigadas: la acusación de crímenes que no han cometido acaba en su sacrificio. Su muerte homicida trae de nuevo el orden a las comunidades humanas; la purga, la extirpación, es beneficiosa para el bien colectivo. Es fácil leer entre líneas en este argumento la justificación de todos los crímenes cometidos por la humanidad a lo largo de toda su historia: persecuciones, fusilamientos, linchamientos, lapidaciones, limpiezas étnicas, eugenésicas. Las víctimas de todos los tiempos eran divinizadas tras su sacrificio en el ara de las razones religiosas, filosóficas o históricas. Consideradas divinas porque su muerte tajo milagrosamente la ansiada paz que sus delitos habían perturbado.

Pero irrumpe el cristianismo desvelando que esta sangrienta génesis de los ídolos del mundo pagano no es más que un crimen nefando. Primero aportando matices inéditos al lenguaje. Persequi, sólo era un término jurídico en el derecho romano al que los cristianos Lactancio y Tertuliano dieron su connotación actual de inocentes perseguidos. Mártir significa testigo, es el cristianismo el que lo hace evolucionar hacia inocente maltratado, héroe víctima de una violencia injusta. Es la Pasión la que revela que existe una ruta antigua muy transitada por la humanidad que sacrifica inocentes para conseguir órdenes sociales temporales. Frazer, Dumèzil, Durkheim, Nietzsche, creyeron que la Pasión era un mito más como el de Dionisos o el Rey Swazi, pero no se dieron cuenta de que Cristo escribía con su historia personal el guión de la historia de la mitología haciéndolo historia, deshaciendo sus coartadas: frente a la culpa de la víctima, afirma su inocencia, frente a la multitud presenta la pregunta y la mirada que personaliza, frente a la falsa acusación satánica, la defensa del Paráclito, abogado de las víctimas. La especificidad del cristianismo es radical: no diviniza a las víctimas, a los mártires. La canonización es el reconocimiento de su santidad, y su santidad

es un reconocimiento ético, no una vuelta a la mitología, es la conversión en modelos morales de los testimonios que sólo calcan la Pasión de Cristo, el modelo por excelencia. El cristianismo actúa en sentido contrario al sacrificio. Ese mecanismo que sólo buscaba culpables que justificaran la necesidad de nuestra propia violencia para hacerla legítima, aceptable, es desenmascarado definitivamente.

Así, la víctima es un chivo expiatorio. Este término bíblico (Levítico 16), del que venimos hablando, es la prefiguración del que se definirá después como el Cordero de Dios, oveja inocente de Isaías y que fue antecedido por una línea histórica continua de personajes singulares pero idénticos: Abel, José, Job, todos los profetas, y hasta Juan Bautista.

La conciencia de la inocencia de estas víctimas es una constatación de la presencia del Espíritu Paráclito. Sólo que los hombres pervertimos todo y hacemos de ese conocimiento que trae la revelación una ocasión para convertirnos en verdugos de los verdugos. Todos los hombres se sienten legitimados como víctimas, por tanto, justificados como verdugos. No falla la revelación, sino que siempre vuelve la mitología, sólo que la defensa de las víctimas en la actualidad ha borrado las huellas judeo-cristianas y se lo atribuye a la propia inteligencia. Los ritos que se inventaron para calcar la historia sacrificial de la humanidad, que tan buenos resultados daba para traer la paz a la comunidad, son ahora calcados por la historia y repetidos buscando la misma eficacia, los mismos efectos, pero la historia no es tan selectiva como los ritos: por eso multiplica los cadáveres y los crímenes. No obstante, el Paráclito está actuando en la historia. El concepto “Abogado defensor de las víctimas” tiene tal poder epistemológico que el gran traductor –San Jerónimo– no se atreve a traducirlo y hace simplemente una transliteración: Paráclito. Cristo es el primer paráclito en lucha contra las representaciones persecutorias, el segundo ha de venir, y “hará brillar su luz”, la que los hombres se empeñan en no ver. Los evangelios no son un panfleto ingenuo de gente religiosa, no sueñan con que podrán acabar con las persecuciones: sabe que serán cada vez más fuertes, que las víctimas que sigan al Cordero serán martirizadas, es el destino de aquellos que

decidan seguirle, frente a la ciega incompreensión del mundo. Los mártires no son los testigos de una creencia determinada, como los relativistas pretenden, sino de la terrible propensión de la comunidad humana a derramar sangre inocente, para rehacer su unidad. Cristo, Cordero del *Yom Kippur* y Cordero Pascual que carga con los pecados del mundo, revela en su Pasión la falsedad de todos los dioses de las religiones y demás héroes divinizados de las mitologías e ideologías políticas.

El Islam, por mucho que se pretenda defensor de la paz, no es una ciencia de la violencia, se limita a ejercerla ciegamente como solución, método, y fin en sí mismo para la salvación. Es una religión tardía, pero su doctrina es primitivísima, se presenta como anti-pagana, pero su esencia es mitológica: el valor sagrado de la violencia. Su origen histórico data del 711 o el 600, pero la Hégira (en el 622) no es sino una expresión magnífica del mecanismo fundacional de lo sagrado primitivo latente en todas las religiones. Girard la incluye en el entorno de lo satánico, pero no en el sentido de Salman Rushdie, lírico, resentido, irónico, crítico y esteticista de lo satánico en el sentido de sagrado arcaico. Es más profundo: es porque el Islam cree firmemente en el poder reparador de las víctimas, en la acusación estereotipada (Satán, el Acusador), y en el valor del sacrificio, cree en la personificación del mal en el infiel y en la guerra contra él, porque cree que es culpable de su infidelidad, al no convertirse a la religión verdadera. Son sólo los místicos y algunos políticos más aperturistas los que, dentro del Islam, son amantes de la paz y del diálogo intercultural y religioso. Ellos se guían por esa sabiduría universal en la que sólo unos pocos quieren participar, que trae la buena noticia de que la violencia es inútil y estúpida. Lo mismo que todas las religiones primitivas y lo mismo que las filosofías hijas de la Ilustración, Marx, Heidegger y Nietzsche, con sus retornos a la órbita cultural pre-cristiana, el Islam, comparte el valor redentor del sacrificio, de la violencia reparadora y estructuradora del orden social. Por eso se entiende que es una religión política que no distingue la *umma* de la sociedad civil.

Todas las religiones han evolucionado en alguna medida en las formas y en los contenidos, pero en lo esencial no han variado nada. Todas ellas son la herencia de los mitos y es cierto que comparten eso mismo con la tradición judeo-cristiana. Pero mientras las otras, al igual que el Islam, siguen ciegas a la génesis de los conflictos humanos y repiten una y otra vez los sacrificios, humanos o animales, para lograr los efectos que producían los actos sagrados-religiosos en la antigüedad, el judeo-cristianismo los deslegitima, los pone en evidencia y desvela la estupidez de derramar sangre inocente para sostener órdenes sociales cada vez más pobres y menos duraderos. El Islam sigue creyendo sagradas a las víctimas y a sus verdugos. Por eso su preparación para la auto-inmolación terrorista es un rito sagrado y se da en un contexto sacrificial religioso.

6 EL RETORNO A LA RELIGIÓN DEL AMOR PARA UN MUNDO VIOLENTO: LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA REVELACIÓN Y LA PROFECÍA DE LOS NUEVOS TIEMPOS

Dos guerras mundiales, la invención de la bomba atómica, varios genocidios, una inminente catástrofe ecológica no habrán bastado para convencer a la humanidad, y a los cristianos en primer lugar, de que los textos apocalípticos, incluso sin tener ningún valor predictivo, conciernen al desastre que se ha puesto en marcha de manera imparable. El futuro anterior que utilizo expresa que deberían haber bastado para que los hombres entraran en razón, pero no ha sido así. ¿Qué hacer para que se escuche al evangelio su buena – pero paradójica – noticia?

La violencia se ha desatado hoy a nivel planetario, provocando lo que anunciaban los textos apocalípticos: una confusión entre los desastres causados por la naturaleza y los desastres causados por los hombres, una confusión entre lo natural y lo artificial: calentamiento global y desbordamiento de las aguas ya no son hoy simples metáforas. La violencia que producía lo sagrado no produce ya nada más que a sí misma:

La paradoja es que al acercarnos todavía más al punto alfa, nos encaminamos hacia el omega. Que al comprender cada vez mejor el origen, nos damos cuenta cada día mejor que es este origen quien viene hacia nosotros: las cerraduras del asesinato fundacional, abiertas por la Pasión, liberan hoy una violencia planetaria, sin que se puede volver a cerrar lo que ha sido abierto. Porque sabemos a partir de ahora que los chivos expiatorios son inocentes. La Pasión ha desvelado, de una vez por todas, el origen sacrificial de la humanidad. Ha desafiado a lo sagrado revelando su violencia. Pero Cristo también ha confirmado lo divino que todas las religiones contienen dentro de sí. La increíble paradoja que nadie quiere aceptar es que la Pasión haya liberado la violencia al mismo tiempo que la santidad. Lo sagrado que desde hace dos mil años está “de vuelta”, no es, por tanto, cierto sagrado arcaico, sino lo sagrado “satanizado” por la conciencia que de él se tiene, y que señala, a través de sus mismos excesos, la inminencia de la Parusía. Por ello mismo lo que nosotros queremos describir como algo que tuvo lugar en el principio, se aplica cada vez más a acontecimientos actuales. Este cada vez más es la ley de nuestras relaciones, a medida que la violencia crece en el mundo, esta vez con el riesgo de destruirlo. “Polémos” escribió Heráclito, “es padre y rey de todo”¹¹

Completar la interpretación de de la guerra de Clausewitz es la intención del último libro de Girard. Es decir, trata de justificar que su sentido es religioso y que sólo una interpretación religiosa alcanzará lo esencial. El anuncio de los visionarios expertos en prospectiva, sin prejuicios, como Clausewitz, coincidentes con la visión de los profetas nos alerta: “a través de esta acción recíproca, el esfuerzo hacia las tinieblas exteriores”. Clausewitz es quien, sin darse cuenta, ha encontrado no sólo la fórmula apocalíptica, sino que esta fórmula está ligada a la rivalidad mimética. Las continuas reciprocidades movidas por el orgullo: acción-reacción, aceptada por todo el mundo como una verdad inapelable, nos llevarán a la escalada a los extremos que termina en la mutua destrucción.

11 GIRARD, René. Cuando *empiecen a suceder estas cosas*: conversaciones con Michel Treguer. Madrid: Encuentro, 1996. p.9.

[...] Creo que sólo Cristo nos permite afrontar esta realidad sin volvernos locos. El apocalipsis no anuncia el fin del mundo; funda una esperanza. Aquel que vea de golpe la realidad no se queda en la desesperanza absoluta de lo impensable moderno, sino que recupera un mundo en el que las cosas tienen un sentido. La esperanza sólo es posible si nos atrevemos a pensar en los peligros del momento presente. Y a condición de oponerse a la vez a los nihilistas, para quienes no hay más que lenguaje, y a los "realistas", que niegan a la inteligencia la capacidad de tocar la verdad: los gobernantes, los banqueros, los militares que pretenden salvarnos, mientras nos sumergen cada día un poco más en la devastación.¹²

Aceptando su crucifixión, Cristo ha hecho salir a la luz lo que permanecía "oculto desde la fundación del mundo", e incluso podríamos decir que su misma fundación, el asesinato unánime que sale a la luz del día por vez primera en la Cruz. Las religiones arcaicas exigen para poder funcionar la disimulación de su asesinato fundacional, que se repite indefinidamente en los sacrificios rituales y protegía así a las sociedades humanas de su propia violencia. Al revelar el asesinato fundacional, el cristianismo destruye la ignorancia y la superstición indispensables para estas religiones: permite, por tanto, la emergencia de un saber inimaginable antes.

El espíritu humano liberado de las coacciones sacrificiales ha inventado la ciencia, las técnicas, todo lo mejor y lo peor de la cultura. Nuestra civilización judeo-cristiana no ha inventado la ciencia y luego ha acabado con la caza de brujas y otras supersticiones, sino al revés, porque ha acabado con las supersticiones ha llegado la ciencia de manos del judeo-cristianismo, que ha visto la naturaleza como un don para el hombre y no como una diosa (Gea, Pacha Mama, Gaia). Nuestra civilización es la más creativa, la más poderosa que haya habido jamás, pero también la más frágil y la más amenazada, puesto que ya no dispone de la balaustrada protectora de lo religioso arcaico. A falta de sacrificios en sentido amplio, corre el peligro de destruirse a sí misma si no toma más precauciones, como es evidentemente el caso.

12 GIRARD, René. Cuando *empiecen a suceder estas cosas*: conversaciones con Michel Treguer. Madrid: Encuentro, 1996. p. 13.

En la primera epístola a los Corintios, Pablo dice que “de haberlo sabido [los príncipes de este mundo] no habrían crucificado jamás al Señor de la Gloria”¹³. ¿Se trata de megalomanía por su parte? No lo creo así. Los “príncipes de este mundo”, todo eso que Pablo llama también “Potestades y Principados”, son las organizaciones estatales que reposan sobre el asesinato fundacional, eficaz dado que está oculto, en primer lugar el Imperio Romano, en el fondo malo en términos absolutos, pero indispensable en lo relativo, mejor que la destrucción total con la que nos amenaza la revelación cristiana. Lo que no quiere decir que la revelación cristiana sea mala. Es absolutamente buena, no obstante, somos nosotros los que no somos capaces de sacar las consecuencias.

Un chivo expiatorio sigue siendo eficaz mientras creamos en su culpabilidad. Tener un chivo expiatorio es no saber que se tiene. Comprender que sí se tiene uno, es perderlo su eficacia social y quedar a merced de los conflictos miméticos sin posibilidad de resolución. Tal es la ley implacable de la escalada a los extremos. Es el sistema protector de chivos expiatorios lo que los relatos de la Crucifixión terminaron de destruir al revelar la inocencia de Jesús, y, poco a poco, de todas las víctimas análogas. El proceso educativo de la humanidad que buscaba Cristo está por tanto a punto de completarse, pero muy lentamente, de modo casi siempre inconsciente. Para hacer que la revelación fuera completamente buena, y en absoluto amenazadora, bastaría con que los hombres adoptaran el comportamiento recomendado por Cristo: el rechazo completo de las represalias, la renuncia a la escalada a los extremos. Porque si ésta se prolonga un poco más de tiempo, nos conducirá directos a la extinción de toda vida sobre el planeta.

Son los nuevos profetas, curiosamente judíos, Hans Jonas y Günter Anders, Hanna Arendt, pasados por pensadores occidentales influidos por el judeo- cristianismo como J-P. Dupuy, R. Schwager, René Girard, los que

13 La traducción es de la Biblia de Jerusalén, en su edición de 1985, pero la adaptaremos siempre al texto de Girard. En 1Co 2, 7-8, se dice exactamente: “[...] hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo – pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria”.

hablan de salvar la raza humana de su propia ciclotimia – hoy anti-cristiana – y el planeta para las generaciones futuras.

7 EL APOCALIPSIS COMO CIENCIA

Desde la “conversión novelística” de *Mentira romántica y verdad novelesca*¹⁴ todos los libros de Girard son apologías más o menos explícitas del cristianismo. Lo que dice se va a hacer cada vez más comprensible con el tiempo, porque, a todas luces, vamos cada vez más rápido hacia la destrucción del mundo. El cristianismo es un asesinato fundacional al revés, que ilumina lo que debería quedar oculto para poder producir las religiones rituales, sacrificiales. Es lo que Pablo compara con un alimento para adultos, en contraposición al alimento para niños de pecho que constituyen todavía las religiones arcaicas. Pero, para que la situación aún sea más de locos, la revelación cristiana es la víctima paradójica del saber que aporta. Se la confunde de manera absurda con el mito, lo que visiblemente no es, ignorada por partida doble por sus enemigos y por sus defensores, que tienden a confundirla con una de esas religiones arcaicas que desmitifica. Ahora bien, toda desmitificación viene del cristianismo. Más aún: la única religión verdadera es la que desmitifica las religiones arcaicas.

Cristo ha venido a ponerse en el lugar de la víctima. Se ha colocado en el centro del sistema para revelar sus resortes ocultos. El “segundo Adán”, para retomar la expresión de san Pablo, nos ha revelado cómo llegó el “primero”.

La teoría mimética no busca demostrar la nulidad del mito, sino poner al día una discontinuidad y una continuidad fundamentales entre la Pasión y lo religioso arcaico. La divinidad de Cristo, que precede a la Crucifixión, introduce una ruptura radical en relación a lo arcaico; pero la resurrección de Cristo, por el contrario, se halla en completa continuidad con todas las formas de lo religioso que la han precedido, pero no es en nada lo mismo. No se puede comprender la antropología sin una buena teología. Los hombres que están en vías de ser educados por la revelación, que no son aún plenamente hombres, no lo serán más que si se miden con lo divino. Llega el momento

14 GIRARD, René. *Mensonge romantique et vérité romanesque*. Paris: Hachette, 1985.

en que este Dios se les puede entonces revelar plenamente. Se entiende que Cristo escandalice a sus apóstoles. Pero es al mismo tiempo el único Modelo-Mediador, el que viene a poner a los hombres a la distancia justa de lo divino. Cristo ha venido a revelar que su reino no es de este mundo, pero que los hombres, una vez que hubieran comprendido los mecanismos de su propia violencia, podrán tener una intuición precisa de este más allá. Todos nosotros podemos participar de la divinidad de Cristo, a condición de renunciar a nuestra violencia, que es lo mismo en términos religiosos que convertirse. La paradoja quiere así que empecemos a comprender el mensaje evangélico en el momento mismo en que la escalada a los extremos se impone como la única ley de la historia. Cada vez más la escalada exponencial de la violencia nos anuncia que hemos de enfrentarnos antes de que suceda con el catastrofismo iluminado de los nuevos profetas. Por mirar hacia otro lado, como hacen las ciencias sociales no se elimina el peligro que pende sobre nuestras cabezas:

Hoy en día las consecuencias de las empresas “pacíficas” son tan destructoras, en los dominios físico, sociales y psicológicos, como las guerras”. Con la industrialización del deseo, la Hbris se ha convertido en colectiva y la sociedad es la realización material de la pesadilla. La Hbris industrial ha roto el marco mítico que fijaba los límites a la locura de los sueños [...] En cambio el ineluctable impacto del progreso industrial es Némesis para las masas, el monstruo material surgido del sueño industrial. Anónimo, inasible al lenguaje del ordenador, Némesis se ha anexado a la escolarización universal, la agricultura, los transportes colectivos, el asalariado industrial, y la medicalización de la salud. Planea sobre las cadenas de televisión, las autopistas, los supermercados, los hospitales. Las barreras que suponían los mitos tradicionales han saltado por los aires.¹⁵

La revelación cristiana ha servido para confirmar a todas las religiones en una relación con lo divino negado por el mundo moderno. Confirma lo que las religiones han atisbado. En cierto modo, es gracias a que Cristo ha entrado en

15 ILLICH, Ivan. Némesis medical. In: DUPUY, Jean-Pierre (Org.). *La marque du sacré*. Paris: Carnetsnord, 2009. p. 203-204, tradução nossa.

el molde de las falsas resurrecciones por lo que resucita verdaderamente. Los beneficiarios de las resurrecciones arcaicas que traían de nuevo la calma y el orden se encontraban en una relación con lo divino que era real. Había ya algo de cristiano en todos los mitos. Pero al revelar la inocencia de las víctimas, la Pasión realiza en positivo lo que en los mitos era negativo todavía: sabemos que de ahora en adelante las víctimas no son nunca culpables. Satán se transforma entonces en el nombre de lo sagrado revelado y demonizado por la intervención de Cristo.

En este mismo momento, “los sabios y los eruditos” redoblan su furia contra el cristianismo y se felicitan, una vez más, de su cercana desaparición. No ven que su propio escepticismo es un subproducto de la religión cristiana. Si bien es muy bueno deshacerse de los estúpidos sacrificios de antaño, para acelerar el progreso, para desembarazarse de lo que traba el “progreso” de la humanidad, para facilitar la invención y la producción de aquello que hará nuestras existencias más prósperas y confortables. Pero ya no quedan posibilidades de encontrar chivos expiatorios porque la revelación ya ha tenido lugar. Son ellos los que paradójicamente más nos faltan en esta hora porque la alternativa es la escalada exponencial de la violencia contra nuestros rivales:

El mundo moderno ha nacido sobre los escombros de los sistemas simbólicos tradicionales, en los que no ha sabido ver más que lo irracional y lo arbitrario. En su empresa de desmitificación, no ha comprendido que estos sistemas implicaban que los límites estaban fijados a la condición humana, dándole sentido a su vez. Reemplazando lo sagrado por la razón y la ciencia ha perdido todo sentido de los límites, y por lo mismo es el sentido lo que ha sacrificado¹⁶.

Los únicos cristianos que hablan todavía del apocalipsis son fundamentalistas, que tienen una idea completamente mitológica. Creen que la violencia del fin de los tiempos vendrá del mismo Dios; no pueden prescindir de un Dios cruel, de un dios sádico al estilo que nos define Françoise Varone. No ven, cosa extraña, que la violencia que estamos a punto de amontonar

¹⁶ DUPUY, Jean-Pierre. *Pour un catastrophisme éclairé: quand l'impossible est certain*. Paris: Seuil, 2002. p. 56-57, tradução nossa.

sobre nuestras propias cabezas tiene todo lo necesario para desencadenar lo peor, y que ésta viene sólo de nosotros, ciegos a la revelación de nuestra propia violencia llevada a cabo por el Siervo de YHWH.

Tales son los “signos de los tiempos”, que el futuro se descifra en el corazón del presente: el profeta, como el estratega, tiene que saber leer los indicios del porvenir. Pero la violencia es un adversario terrible, más aún, cuando triunfará siempre porque se oculta tras el velo de la paz. Estamos más que nunca en guerra, en un momento en que la misma guerra no existe ya. Hemos de combatir una violencia a la que ya nada contiene ni domina. ¿Y si lo esencial no es vencer? ¿Y si la misma batalla vale más que la victoria?

Tal es la actitud heroica que Girard ve en el cristianismo actual. Sólo con ella se puede establecer la unión entre la violencia y la reconciliación, o, más concretamente, hacer a la vez tangibles la posibilidad del fin del mundo y de una reconciliación entre los hombres. No se podrá salir jamás de esta ambivalencia. Girard nos confirma la convicción de que la historia tiene un sentido; que ese sentido es temible, no obstante estar preñado de esperanza: “en el lugar del peligro/crece lo que salva”.

8 LA PASIÓN ES LA CLAVE HERMENÉUTICA QUE SAC A LA LUZ LO VIEJO Y LO NUEVO

En *Aquel por el que llega el escándalo*¹⁷, leemos:

A partir de la revelación evangélica la violencia desmascarada se convierte en un peligro manifiesto y en una posible ocasión de caída. Esta es la significación de la expresión “piedra de escándalo”, que, identificada algunas veces con Satanás, es esencial a los desarrollos teóricos de su demostración... El texto evangélico asimila explícitamente Satán y escándalo, cuando Jesús reprende a Pedro: “Vade retro Satana”, porque te conviertes en obstáculo, “eres para mí un escándalo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”, (Mateo 16, 23). Por otra parte, Jesús se percibe a sí mismo como escándalo, en tanto que chivo expiatorio, por los testigos de la crucifixión.

17 GIRARD, René. *Aquel por el que llega el escándalo*. Madrid: Caparrós, 2002. p. 95.

¿De qué manera el cristianismo retoma la piedra rechazada por los constructores, para hacer una piedra fundadora, angular? Lo arcaico, la sacralización de los chivos expiatorios viene desacralizado por el judaísmo que “desdiviniza” las víctimas y “desvictimiza” a Dios; es la separación y la transcendencia absoluta. En el cristianismo, Dios es la víctima de nuevo. Es víctima divina. Es pues normal que para el judaísmo, y para el Islam, el cristianismo aparezca como una regresión mitológica. En realidad, no lo es en absoluto, ya que la víctima sigue siendo inocente. Mientras que, en el mito, la víctima es siempre, de una u otra manera, culpable.

Es a partir de aquí desde donde debe ser interpretado, a mi parecer, el dogma de la Encarnación: se trata de mostrar que esto no consiste en divinizar a un hombre. La encarnación viene de Dios: “Y el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn, 1, 14). Esta es la cuestión teológica de la cruz, que está en el centro del ensayo *Teoría mimética y teología*, del girardiano Schwager.¹⁸ En una perspectiva escatológica, la Cruz no puede ser considerada como expresión de la violencia sacrificial, a menos que no se quiera interpretar la voluntad divina como si estuviera sometida a los mismos mecanismos miméticos que los de los hombres. Ya que esto no sería razonable, ¿cómo habría que interpretar la ligazón entre la violencia sacrificial, revelada por el texto evangélico, y el sacrificio de Cristo, que se cumple dentro del proyecto divino? La significación racional de la revelación está sometida a la encarnación de Dios. El mecanismo del chivo expiatorio no es revelable literalmente sin Cristo: o bien se produce, congrega a todo el mundo y nadie está allí para revelarlo, o bien no se produce, hay gentes para revelarlo, pero no hay nada que revelar. Por eso donde no hay unanimidad el mecanismo no se produce. La Pasión viene a eludir esta imposibilidad. Al principio, los discípulos son presos del embalamiento mimético y todos son traidores. No hay excepción a la unanimidad, no hay ni un testigo lúcido:

18 SCHWAGER, Raymund. *Mimetische Theorie und Theologie*. In: NIEWIADOMSKI, Jozef; PALAVER, Wolfgang (Hg.). *Von Fluch und Segen der Sündenböcke*. Thaur, Wien: Kultur-verlag, 1995.

Para que la verdad antropológica sea desvelada es necesaria la Cruz. Es el don del Espíritu: sólo la Cruz puede hacer aparecer la inocencia de la víctima, haciendo descender el Espíritu sobre los discípulos. Pero el hecho de que esta revelación haya tenido lugar el tercer día es muy importante. Primero, la unanimidad se ha hecho contra Jesús. Incluso los discípulos han participado en ella. Se diría que Satán ha ganado la partida. Y después, dos días más tarde, tiene lugar la revelación. Que tenga lugar poco después permite a los discípulos comprender el proceso. La unanimidad perseguidora se deshace. El Espíritu Santo da a sus discípulos el poder de separarse de la muchedumbre y contradecirla. Por consiguiente, hay que considerar a la Resurrección como una revelación¹⁹

La fe en la resurrección condiciona el conocimiento de una verdad puramente antropológica. La conversión es una condición previa al conocimiento. No se puede entender nada si uno no está predispuesto a entender y a abrirse a una verdad que no es la suya.

Para ser partícipe de la revelación y contribuir a la historia de la salvación hay que, previamente, tener una disposición que aplaque el orgullo y el resentimiento contra el evangelio. Muchos hombres se escudan en el bombardeo de los medios de comunicación sobre el espíritu sacrificial y violento de las religiones e incluyen sin reflexión crítica al cristianismo entre ellas, por las lacras históricas heredadas que siempre se le asocian. Meten en el mismo saco la inaudita pretensión de Cristo y del evangelio, y lo identifican con los restos paganos subyacentes que sobrevivieron al cristianismo y lo asimilaron como una nueva religión en continuidad con los sacrificios antiguos:

[...] Conocer a la víctima expiatoria necesita una especie de conversión, porque significa conocerse a sí mismo como perseguidor [...]. Las dos grandes conversiones que están al final de los Evangelios, una antes de la muerte de Jesús –la segunda conversión de Pedro, después de su negación- y la otra –la de Pablo- que viene detrás de la muerte de Jesús: se trata en los dos casos de un conocimiento de sí en tanto que perseguidor. Pedro reniega de Cristo y Pablo persigue a los primeros cristianos. [...] Imagine la responsabilidad de esos hombres, de repente frente a la ruptura, cuando vivían en la creencia en la eficacia de la violencia. Era impensable que se

19 GIRARD, René. *Aquel por el que llega el escándalo*. Madrid: Caparrós, 2002. p. 99.

transformen de un solo golpeen hombres del siglo XXI. Han cometido toda clase de maldades, por supuesto, pero que no aparecen como tales hasta bien pasado un tiempo, gracias a un distanciamiento histórico impensable en su época. Quiero decir que la función de la Iglesia corresponde siempre un poco a las posibilidades de la época. [...]. En un espíritu muy moderno, alrededor del 1600, el Gran Inquisidor comprende que es necesario oponer las decisiones de la ley a la multitud enfurecida a la caza de brujas. La Inquisición presenta entonces el punto de vista de la jurisprudencia contra la multitud. Ya no tenemos necesidad de hacer un proceso a la Inquisición, ya ha sido hecho, pero no debemos sin embargo olvidar que en el siglo XIII, en el momento de la guerra con los albigenses, cuando el legado del papa Inocencio III dice: "Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos", es porque estos hombres creían verdaderamente en el paraíso por lo que hablaban así. Pensaban que enviarlos un poco antes o un poco más tarde al paraíso o al infierno no cambiaría nada. Pero, en todo caso, es la ley la que decide y no la multitud²⁰

Nuestra sociedad sigue queriendo estar escandalizada de la violencia del cristianismo histórico, cuando el evangelio ha sido la única instancia reveladora que se opone a todo tipo de violencia ilumina sus resortes míticos, mentirosos y autojustificatorios.

Girard²¹ no duda en hacer una defensa apologética de lo cristiano y hasta de justificar los errores como una condición sine qua non de los tiempos históricos, que no se pueden juzgar desde la mentalidad del siglo XXI:

[...] continuar dramatizando la Inquisición, en el siglo XX, que ha conocido el nazismo y el comunismo, ¡"hay que hacerlo!", como se suele decir. Se recupera cien mil veces en los medios el proceso de la Inquisición, pero el de Stalin muchas menos y el de nuestros estalinistas actuales, en absoluto. Creo que es necesario tomarse la historia en serio. Esta manera de rebajarlo todo es el hecho resultante de gente que ha perdido completamente la conciencia de la historia, y esto en el momento en el que sería indispensable tenerla. Es además lo que nos dicen todas las ciencias que están a punto de historizarse, especialmente la astrofísica que, por esta vía, ha seguido la teoría de la evolución. Por mi parte, busco mostrar la naturaleza radicalmente histórica de lo religioso. Condenamos la Inquisición en

20 GIRARD, René. *Aquel por el que llega el escándalo*. Madrid: Caparrós, 2002. p. 101-102.

21 *Ibid.*, p. 103.

nombre de los valores cristianos. No la podemos condenar en nombre del Mahabharata, que está constituido de una serie de muertes alternadas, ¡poco más o menos al estilo de la Iliada! Esto quiere decir que el hecho de que se pueda reconocer hoy día la inocencia de ciertos tipos de violencia es extraordinario. Es el poder de nuestro mundo. Es de tal manera fuerte que en lugar de sentir que se trata de una cosa totalmente nueva, juzgamos la historia como si nuestros antecesores fueran culpables de no pensar como piensan los periódicos de la última edición *Le Monde*, o el *New York Times* en el siglo XII. Y es verdad en cierto sentido: gracias a los textos de su revelación, los cristianos deberían haberse adelantado a los otros”.

No ha sido así debido al lastre de la humana libertad y de la falta de conversión. No hemos sabido transmitir la herencia que Cristo nos dejó en gran medida. Hemos defraudado al mundo que esperaba tanto del cristianismo. El mundo, en el fondo, nos juzga, porque el cristianismo es su única esperanza. Sin él los hombres sólo les queda el ser más fuertes que él rival. Desaprovechamos una oportunidad de oro para mostrar el rostro de Cristo, pues estaban hartos de sangre y cadáveres de sacrificios en el altar de la historia, y desde de dentro de esta visión histórica pienso que el Papa Juan Pablo II acertó cuando pidió perdón por los errores cometidos por miembros de la Iglesia histórica, pues, aunque nosotros sepamos que ésta lleva siempre un tesoro en vasos de barro, los hombres nos piden que seamos perfectos en el amor. La justificación del contexto histórico, de las debilidades humanas a nosotros no nos está permitida. Sin duda hubo gente que comprendía, la mayor parte de los santos y cristianos anónimos sinceros, pero no tenían voz para oponerse o no fue escuchada en el fragor de la vorágine de los siglos de violencia que nos han precedido. El acto, a nuestros ojos ingenuo, de Francisco de Asís intentando hablar con Saladino no es más que un ejemplo de los muchos de la historia.

9 LOS DOS LOGOS

Los gestos realizados por Juan Pablo II han supuesto ese mirar a la raíz y reconocerse en ella, que la historia estaba pidiendo. Los gestos comenzaron el 12 de marzo del 2000 Juan Pablo II entonó el solemne *mea culpa* jubilar, que fue seguido de las palabras en *Yad Vashem* (el memorial de la Shoah), y que culminó en el gesto maravilloso de su nota dejada en el Muro de las lamentaciones en la que se lee:

Dios de nuestros padres, tú has elegido a Abraham y a su descendencia para que tu nombre fuese llevado a las gentes. Estamos profundamente entristecidos por el comportamiento de cuantos en el curso de la historia han hecho sufrir a tus hijos y, al pedirte perdón, queremos comprometernos en una auténtica hermandad con el Pueblo de la Alianza. Por Cristo Nuestro Señor.

En definitiva, la experiencia de la historia ha de ser tenida en cuenta para no cometer los mismos errores. La lección es evidente: engañados por la mentira primordial que invita a los hombres a tener celos de Dios, y luego de los hombres, como el pasaje del *Génesis* nos revelaba, hemos cometido el crimen original: pensar que el otro es el obstáculo de nuestra felicidad y lo hemos quitado de en medio. Pero no es Dios el rival que obstaculiza nuestra realización, ni siquiera los otros. Jesús dice claramente que el mal no viene de fuera. Todo lo que viene de fuera es interpretado en el interior del hombre y visto con sospecha. Pero el hombre, llamado a la santidad, está también llamado a hacer una lectura correcta de la historia. Y esa lectura correcta es que Dios quiere el bien para el hombre, arriesga su plan confiéndole al hombre una dignidad inusitada: la libertad hasta para vivir como si no hubiera Dios. Pero a la postre es Dios siempre el que es nuestra víctima y nosotros su obstáculo. El hombre no es jamás la víctima de Dios, es siempre Dios quien es la víctima del hombre, para Canetti²² “no hay un solo perseguido, sea cual sea el motivo por el que sufra, que en alguna parte de su alma no se vea a sí mismo como Cristo”; ambos se hacen eco de la sublime admonición del Talmud: Permanece entre el número de los perseguidos y no entre el de los perseguidores: siempre, en cualquier lugar, Dios está con los perseguidos. Y que, a despecho de las cruzadas, de las guerras “santas” y de los delirios perseguidores en nombre del “Deus vult”, el que Cristo se reconozca solo en cada víctima queda espléndidamente expresado en una turbadora fábula judía: durante la ocupación nazi, la SS irrumpió en una iglesia e intimidaron a los judíos escondidos tras los cristianos para que se hicieran ver; en ese momento, el crucificado desciende del madero y se entrega a los asesinos diciendo: Heme aquí.

22 CANETTI, Elias. *Masa y poder*. Madrid: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2002. p. 606.

Cristo desvela todo lo que estaba oculto desde la fundación del mundo. El es el Logos de Dios que quita los pecados del mundo cargándolos sobre sus propias espaldas. El mundo no se puede engañar a sí mismo por más tiempo. Estamos en la encrucijada con menos alternativas de la historia, porque la religión se puede convertir en un factor decisivo de desunión o de comunión, y porque esa desunión puede ser definitiva: la posibilidad de un holocausto nuclear no es sólo una posibilidad para los más pesimistas, sino una realidad futura. Israel está en el vértice, para más inri, de esta posibilidad.

9.1 LA HISTORIA SE ENCUENTRA SIEMPRE ENTRE LOS DOS LOGOS

Hay una conciencia implícita de que el Logos que se opone al logos joánico, a la caritas, no es el de la razón lógica griega, sino el de la razón dialéctica griega. Es Dionisos y no Apolo, es Dios en litigio. Es el “polemos” heracliteano la faz del logos griego. Y es el amor, como empezábamos este excursus, la verdadera oposición.

Nos hemos encontrado en un quicio de la historia interesantísimo: la justificación descarada de la violencia (sea de la razón o de las armas) ante la impotencia para deshacernos de ella; y, por otro lado, la defensa a ultranza de la no violencia, ante el pánico de su irreversibilidad. La historia se empeña – podríamos decir personificándola – o mejor, nos invita en esta tesitura a decidirnos entre los dos *Logos* que la dirigen desde siempre. El que la oposición dialéctica es el motor del universo y el Logos joánico que cree que el Amor puede hacer todas las cosas con más belleza y sin violencia. Aunque logos sirva para definir a las dos, – y según Heidegger no haya diferencia –, según Girard lo que hace Heidegger es asimilar la interpretación hegeliana del Antiguo Testamento, tomando las relaciones entre Dios y el hombre bajo el prisma de la dialéctica amo-esclavo, al Nuevo Testamento. Girard destaca la ceguera de Heidegger para el *Logos* joánico. En el heracliteano acierta plenamente. “Las entidades reunidas por el *Logos* son opuestas y el *Logos* las reúne no sin violencia”²³. El *logos*

23 HEIDEGGER, Martin. *¿Qué es eso de filosofía?*. Buenos Aires: Sur, 1960. p. 125.

heracliteano está estrechamente relacionado con la violencia y con lo sagrado, como aquello que mantiene unidos a los dobles antagónicos, de los hermanos rivales que somos todos los hombres, que hace de hilo conductor de los polos opuestos. Ve una diferencia entre los dos *logos*, pero una diferencia ciega que no aprecia la singularidad del *Logos* joánico. Considera que los dos se remiten a la violencia, una la que sufren los hombres libres y otra los esclavos, al estilo nietzscheano, sin darse cuenta, de que la diferencia en el seno de la violencia (es decir, que alguien tiene razones para sacrificar al otro) es una ficción que justifica a los verdugos, pero nada más. Al final se trata de la ilusión por excelencia del pensamiento sacrificial. Heidegger no ve que todo dominio violento acaba en esclavitud, ya que es el modelo-obstáculo el que domina tanto en el pensamiento como en las relaciones concretas entre los hombres.

Es más, podemos atestiguar sin temor a exagerar, la universalidad del *Logos* heracliteano, en tanto en cuanto todas las culturas tienen instalado en su corazón la lucha de los dobles y están basadas en la unanimidad violenta. Si se reexaminara a Heidegger a la luz de la víctima expiatoria se vería que detrás de la interpretación de las palabras clave del alemán y del griego, y sobre todo tras la meditación sobre el ser, se trata siempre en el fondo de lo sagrado, por eso mismo, el lugar por excelencia de la filosofía heideggeriana es la filosofía presocrática, en particular la de Heráclito, el filósofo que más cerca permanece de lo sagrado primitivo, es decir de la violencia expiatoria, del sacrificio para mantener el equilibrio del cosmos.

Y lo sagrado, como hemos visto es el primero – y el último –, en sus retornos continuos a las viejas formas reelaboradas con distintas figuras en continua actualización: la filosofía, la ideología, el derecho, la guerra, y cualquier otro modelo humano para intentar domesticar la insociable sociabilidad humana con la loca arbitrariedad de la violencia. Lo sagrado es violento. El *Logos* Joánico, encarnación del bien, para diferenciarse nada tendrá que ver con la violencia. Ciertamente parece ser así. Desde el primer capítulo es siempre “un logos expulsado”, expulsado por el “logos de la expulsión”:

El *Logos* de Juan es el que revela la verdad de la violencia haciéndose expulsar... por los hombres” (Jn 1, 4-11: “las tinieblas no la comprendieron (la luz); [...] el mundo no

lo conoció (al *Logos*) [...] y los suyos no lo recibieron). Ese *Logos* es el que recibe sobre su carne la expiación, y sin él, y su Pasión, no hay forma de entender la violencia y el mal en el mundo. El propio Ratzinger así lo recoge: “La verdadera novedad del cristianismo: el *Logos*, la verdad en persona, es también la expiación, el poder transformador que supera nuestras capacidades e incapacidades. En eso reside lo verdaderamente nuevo sobre lo que descansa la gran memoria cristiana, la cual es también la respuesta más profunda a lo que espera la anamnesis del Creador en nosotros. Cuando no se dice este centro del mensaje cristiano ni se ve su verdad con suficiente claridad, se convierte efectivamente en un yugo muy pesado para nuestros hombros del que tendríamos que intentar liberarnos.”²⁴

Heidegger en este sentido hace un enorme camino en el itinerario desmitificador del *Logos* cristiano, porque, realmente, en el mundo, sólo hay uno: el griego. La filosofía cristiana quiso traducirlo y apropiárselo para caer en el mismo error que la filosofía griega, sin darse cuenta: hacer del pensamiento un mecanismo sacrificial, expulsor, violento. Heidegger, según Girard, hace el último gesto ante los restos pseudo-cristianos que nunca comprendieron la singularidad del Nuevo Testamento. Deja libre al *Logos* del Amor de toda interpretación sacrificial, de toda implicación en la violencia. Por debajo de toda la parafernalia escrituraria del YHWH Guerrero, de la venganza ritual, de los holocaustos y sacrificios, aparece un hilo conductor progresivo: es toda una elaboración cultural sobre la víctima expiatoria que hace pasar a primer plano la expulsión, “la eliminación radical”, como diría Lévi-Strauss. Para, al final del los tiempos, mostrar a su Siervo sufriente como su verdadero rostro.

Así pues el Amor tiene una verdadera capacidad científica sacando a la luz todos los encubrimientos del mal bajo formas taimadas de violencia, de crítica o de expulsión de los siervos sufrientes que en el mundo han sido.

El Amor y la Violencia tienen una misma forma paradójica en la que la afirmación de sí reposa sobre la negación de sí. El amor introduce en la relación

24 RATZINGER, Joseph. *Fe, verdad y tolerancia: el cristianismo y las religiones del mundo*. Salamanca: Sígueme, 2005, p.76.

una diferencia verdadera negándola, la violencia una identidad verdadera negándola también. Es decir, los hombres son diferentes, pero el amor los fusiona en una unidad-comunión; la violencia los posiciona como rivales-iguales, pero afirma las diferencias, las divisiones, para enfrentarlos cara a cara. Ambos abolen las diferencias, pero en sentido inverso. Así somos llevados a concebir una proximidad, una identidad entre el amor y la violencia que provendría de que, tanto el uno como la otra, son incapaces de reflexividad. Ni el amor ni la violencia pueden conocerse a sí mismos sin destruirse. El amor no puede conocerse a sí mismo sin transformarse en soberbia, lo mismo que la violencia: aquello que la refuta es precisamente lo que rechaza, su identidad con el otro del cual intenta diferenciarse. La irreflexión del amor y la violencia aboca a la paradoja: el uno afirma la diferencia y crea la identidad, y la otra afirma la identidad y genera la diferencia. Estamos entre la comunión y la división. La paz siempre amenazada por la libertad y el conflicto continuo. Para solventar esta paradoja hay que recurrir a la introducción de la categoría tiempo. Sólo así los dobles, que son todos los hombres los unos para los otros, reconocerían su identidad, introduciendo un reconocimiento de la diferencia que establecen en la relación que afirman, y así obtendríamos la afirmación de una auténtica identidad, la de los dobles, y, por su negación, la afirmación de su diferencia. Con todo esto el doble que es consciente (Hegel definía la reflexividad como “conciencia”) de su identidad con el otro afirma el tiempo, la paradoja y la reflexividad, sin buscar la identidad inmediata consigo mismo y sin afirmar la diferencia. Y es así como paradójicamente encuentra ambas. Es decir, en el toma y daca de la violencia interminable de los dobles que se expulsan uno a otro, y en donde sólo el tiempo puede hacerles concebir que no ha habido un primero que haya asestado el primer golpe culpable para desatar la reciprocidad mimética, es donde se descubre la necesidad de romper con ese círculo hermético que sólo conduce a la destrucción, a la violencia indiferenciada, a la identidad de los dobles.

9.1.1 EL PRIMERO QUE SE DETIENE ES EL AMOR

Se sabe igual e inmediatamente diferente, pero su toma de conciencia le hace saber que nada hay que le haga diferente si no el haberse detenido primero. El Amor reconoce que nadie puede tirar la primera piedra: acepta la identidad y afirma la temporalidad (el primero en tirar la piedra o en poner la otra mejilla) para neutralizar la diferencia. Ese reconocimiento de la identidad frente al pecado evita la soberbia de creerse mejor.

El final al que nos conduce la iluminación evangélica es el anunciado: la paradoja. Pero es una paradoja resolutive en la praxis. El mal no existe más que cuando la historia es leída por los hombres. El evangelio de Juan afirma que Dios es amor y los evangelios sinópticos nos indican que Dios trata a los hermanos enemigos con la misma benevolencia. Para el Dios del evangelio las categorías que salen de la violencia y vuelven a ella no existen. Que nadie le pida que se pliegue dócilmente a nuestros odios fraticidas.

El final al que nos conduce es un pacto sórdido: dar la vida para la reconciliación sin tener garantías de si va a servir para algo más que para perderla. Una reconciliación que parece ser un acto cognitivo o intelectual, gnóstico, consistente en pensar que si se conocen los intrínquilos de la mimesis se pueden neutralizar sus efectos. ¿La revelación sería reducible a mero desvelamiento, con lo que no saldríamos de la gnosis? ¿Cristo no sería sino un gurú manipulador de los comportamientos miméticos? ¿El conocimiento de las trampas de la mimesis sería suficiente para neutralizar la violencia que desata? ¿Poner la otra mejilla sería un cálculo del efecto de los efectos negativos de la rivalidad mimética? No, no es así.

Para Girard, hemos de retomar la idea de redención como revelación al estilo de la iglesia primitiva. Evidentemente se corre el riesgo de recaer en el subjetivismo gnóstico. Tal vez no haya otro modo de conocer a Dios, sin ser suplantado por él, que corriendo ese riesgo de tratarle de igual a igual. La otra alternativa: ser salvado abdicando de la libertad y la responsabilidad no respeta siquiera el plan divino de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios. La primera alternativa, que conocimiento y amor sean las dos caras de la misma moneda, no niega la gracia sino que la exige: algo necesario para verse liberado del contagio mimético y evitar ver a Dios como un rival.

Se percibe siempre esa tentación gnóstica, al leer los evangelios como una ciencia del amor y la paz, que consistiría en contemplar los temas teológicos desde una perspectiva “reveladora” y no como un existencial sobrenatural continuamente presente. Pero hay que superar ambas vías-tentación para ver que se da conocimiento científico en el evangelio sobre la violencia de los hombres y, a la vez, revelación sobrenatural en el designio de la cruz.

La antropología teológica y la teología de la historia que se derivan de esta teoría son increíblemente novedosas. La “gracia” tendría un efecto inmediato de carácter ético-social: sería la oferta reveladora de Dios a través de Jesucristo de la inutilidad de las víctimas expiatorias que han recorrido la fundación de las sociedades humanas a lo largo de la historia. El judeo-cristianismo supondría una subversión de los viejos modelos de comprensión paganos de tal calibre y tan inédita que sólo una intervención sobrenatural podría explicarlo. Es un auténtico baluarte contra la violencia que amenaza desde el inicio con destruirnos. Un drama avisado desde Abel y puesto en el candelero por Cristo. Se pregunta Williams²⁵:

Así pues ¿dónde está la fuente de la fortaleza humana para volvernos atrás de nuestra propia violencia? ¿Quién nos enseñará un modo de ser nuevo, una humanidad renovada, y en qué consistirá esta enseñanza? ¿Podría ser una psicología racionalista de la mimesis o una ética narrativa del criticismo?

¿Quién nos librará de las garras del pecado original, podríamos retraducir? La respuesta a la pregunta de J.G. Williams viene dada por la desconfianza respecto a la posibilidad de que una ética sola, o una psicología sola, pueda sanar las relaciones interhumanas, lo que no implica una desconfianza en la razón, ni en la capacidad interpretativa de la Ciencias Humanas, ni en el ser humano, sino una crítica a la prepotencia y al desprecio de algunos de sus adalides para con la sabiduría evangélica y una puerta abierta a la acción de la gracia. No obstante, la situación exige la concurrencia urgente de la buena voluntad de todos los hombres. Sea desde la ética, como desde la psicología, la política, o desde la vivencia de la fe. El bautismo promete esta posibilidad de

25 WILLIAMS, J. G. *The Girard' reader*. New York: Cross Road Book, 1997. p. 7, tradução nossa.

superación del pecado original, pero hoy puede ser no más que un rito cultural introductorio que se queda en sí mismo y se extingue, al estilo de lo sagrado primitivo, y no el inicio de un camino mistagógico de aprendizaje y vida de la fe, que sería lo deseable. En un mundo que no entiende los misterios de la fe la perspectiva que se nos presenta es la barbarie²⁶ puesto que:

Nuestra situación es creciente en apocalipsis en la medida en que se incrementa la libertad. Los Evangelios trajeron esta libertad pero no se les puede culpar por esto; no se puede pedir a los hombres que se hagan esclavos de nuevo al mecanismo expiatorio. Por supuesto que la gente puede retornar a Dionisos. Los Evangelios no pueden garantizar que la gente actúe de forma correcta; no hay ningún tipo de receta para conseguir una buena sociedad. Lo que hacen los evangelios es ofrecer más libertad y asentar el ejemplo, sobre todo a través del testimonio del mensaje de la muerte y resurrección de Cristo, de cómo usar esa libertad más sabiamente²⁷

10 LA HISTORIA DARÁ LA RAZÓN A CRISTO DEFINITIVAMENTE

Si las ciencias humanas no hubieran tratado a la religión y al aspecto religioso de la vida humana como una fábula primitiva arcaica construida *ad hoc*, sólo para pseudo explicar el origen del mundo, los acontecimientos como el 11 de septiembre y el 11 de marzo no habrían causado tanto estupor, en un planeta que vive ahora en la convicción de la propia eternidad, y que no tiene en cuenta que nuestro universo puede ser destruido en un día cualquiera no muy lejano. Si hubiera entendido que lo religioso es una forma de entender la violencia humana, que a duras penas lo consigue mediante la cadena de sacrificios que exhibe, y mediante las profecías que lanza al futuro, no nos sería ahora tan extraño o tan censurable el lenguaje apocalíptico. El sentimiento apocalíptico nace de la conciencia de un mecanismo que se ha descompuesto definitivamente, que sus propias estrategias no han sido capaces de protegerlo. Este mecanismo era el que en las religiones arcaicas

26 HENRY, Michel. *La barbarie*. Madrid: Caparrós, 1992

27 WILLIAMS, J. G. *The Girard' reader*. New York: Cross Road Book, 1997. p. 274, tradução nossa.

representaba el chivo expiatorio: la idea de que el sacrificio de una víctima reportaría el orden y la armonía. Primero con el judaísmo y luego con el cristianismo la verdad persecutoria de este mecanismo ha sido puesta a la luz: la víctima es inocente, la violencia no viene de Dios. Derrumbadas por el cristianismo las protecciones sacrificiales de las religiones nos encontramos ante nosotros mismos desprovistos de soluciones para la violencia. Y no habiendo entendido al cristianismo, la Ilustración y el laicismo redoblan esta desprotección, dejándonos ingenuamente ante nuestra propia razón sin percibir que ésta es siempre violenta y que considera siempre legítima su propia violencia e ilegítima la de los demás, gracias a la increencia en las protecciones sacrificiales.

El hecho de que la amenaza sea puramente humana y no divina nos permite tenerla por extraña en los Evangelios. El *Apocalipsis* debe ser entendido como juicio del hombre contra sí mismo de carácter individual y que reclama la conversión o colectivo – por ejemplo, la caída del muro, un reconocimiento de los pueblos y de las sociedades humanas de la inútil sangría a la que nos conducen los ídolos – ideologías – ensangrentados de los sacrificios de siempre:

El Reino está ya ahí, pero la violencia de los hombres lo ocultará cada vez más. Tal es la paradoja de nuestro mundo. El pensamiento apocalíptico se opone a esta sabiduría de los que creen en la identidad apacible, la fraternidad, accesible desde el plano puramente humano. Se opone también a todos los pensamientos reaccionarios que quieren restaurar la diferencia, y que no ven en la identidad más que uniformidad destructora o conformismo nivelador. El pensamiento apocalíptico reconoce en la identidad la fuente del conflicto [...] La identidad apacible yace en el corazón de la identidad violenta como su posibilidad secreta: este secreto constituye la fuerza de la escatología. Hegel pensaba a partir del cristianismo y comprendía que la voz de la unidad y del amor podía salir de la discordia misma, de la vanidad destructora y terrible del conflicto. Pero no pensó que los hombres más sabios habían ya fracasado en hacer triunfar esta voz. Este fracaso, que la Revelación cristiana había anticipado, Hegel y la sabiduría moderna no han querido verlo. Esta ignorancia ha provocado lo peor. Los pensamientos modernos no han podido surgir más que en un momento determinado de la

historia, aquel en el que se resaltaba la simetría, en el que la ausencia de diferencias aparecía, en el que la nadería que separa a los hermanos enemigos sugiriera siempre de manera instantánea la posibilidad de su unión. Debía de ser suficiente a los hombres con reconocer que ningún obstáculo esencial les separa para que ellos se reconcilien. Los pensadores modernos han tratado corregir su excesivo optimismo.²⁸

Han descubierto que algunas diferencias subsistían allí donde se las creía desaparecidas, diferencias culturales y no naturales, diferencias por tanto que se podrían borrar: diferencias de desarrollo histórico, diferencias de educación, diferencias sociales, económicas, familiares, psicológicas. El advenimiento del nuevo orden estuvo condicionado largo tiempo por el eclipse conflictivo de estas diferencias. Si la identidad inmediatamente constatable a nuestro alrededor no era una fuente de armonía, era porque se mantenía a nivel superficial, engañoso. Era necesario sustituirla por una identidad más real. Este esfuerzo prometeico, que necesita siempre más violencia, ha contribuido a la escalada de los totalitarismos que anegaron en sangre el siglo XX. La principal amenaza actualmente, no obstante, es un nuevo totalitarismo: la ciencia. En aras de evitarnos la muerte o el sufrimiento se dispone a facilitarnos todo tipo de creativas monstruosidades. El fin justifica los medios es la clave de bóveda de los edificios humanos.

El pensamiento moderno de la identidad ha podido descubrir o inventar nuevos obstáculos a la reconciliación, ha podido rechazar hasta su más lejano horizonte la epifanía de esta identidad, ha terminado por eliminarla y ha renunciado actualmente a ella misma. Ya no existe. De hecho, el cristianismo sabía desde siempre que esta reconciliación era imposible: es la razón por la cual Cristo dijo que él traía la guerra y no la paz. ¿Habría previsto el cristianismo su fracaso apocalíptico? Se puede pensar esto razonablemente. Este fracaso es lo mismo que el fin del mundo. Se puede decir, desde este punto de vista, que el versículo: “Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?” (Lc 18,8), está todavía demasiado lleno de esperanza. La Revelación ha fracasado, en cierto modo, no ha sido entendida.

28 GIRARD, René. *Achever Clausewitz: entretiens avec Benoît Chantre*. Paris: Carnetsnord, 2007. p. 99, tradução nossa.

Naturalmente, el apocalipsis no puede suprimir el hecho de que habrá un éxito de la humanidad, debido al cristianismo innegablemente. La idea de la reconciliación, actualmente difunta, no ha salido bien ni una sola vez de las aventuras que han conmocionado el mundo. Esta epifanía aplazada de la identidad de todos los hombres, que constituía lo mejor del cristianismo, pondrá siempre nuevos obstáculos para que la historia los pueda superar. Actuar de otra manera, significaría que no habría más que la diferencia, que la historia no significaría nada y que no existiría la verdad. Es esta esperanza en la identidad, en la reconciliación futura, lo que ha constituido durante largo tiempo el sentido de la historia, hasta que ese sentido se transforma en ideología, y es impuesto a los hombres por todos los medios del terror:

El hombre solo puede triunfar por él mismo. La ocasión del paraíso terrestre se pierde sin cesar. La paciencia de Dios es inconcebible, pero no es infinita. He aquí por qué pienso que, porque ha salido del judaísmo, el cristianismo no es un pensamiento más entre otros, sino el pensamiento original de la identidad. Por eso es necesario recurrir a él, por mucho que desagrada a todos sus detractores. Es el primero en ver la convergencia de la historia hacia una reciprocidad conflictiva que debe mudarse en reciprocidad pacífica so pena de abismarse en la violencia absoluta. Es el primero en ver que nada serio, nada real se opone a este cambio que todo el mundo reclama y que todo lo exige. Pero él afirma, y es en esto en lo que se distingue de los pensamientos modernos de la identidad, que, ya, una vez se presentó el momento de esta reconciliación y que no ha tenido lugar. A diferencia de todos los demás pensamientos, el cristianismo mantiene así bajo la misma mirada estas dos cosas que separamos, siempre en vistas a la reconciliación: su posibilidad de derecho y su imposibilidad de hecho. En el momento en el que ya nada separa a los hermanos enemigos y en el que todo les sugiere unirse, ya que su vida misma depende de esta unión, ni la evidencia intelectual, ni las llamadas al sentido común, a la razón, a la lógica son de ninguna utilidad: la paz no tendrá lugar porque la guerra se nutre precisamente de esa nada que subsiste sólo entre los combatientes, y se nutre de su identidad misma. Hemos entrado de esta manera en una era de hostilidad imprevisible, un crepúsculo de la guerra que hace de la violencia nuestro último y definitivo *Logos*²⁹.

29 GIRARD, René. *Achever Clausewitz: entretiens avec Benoît Chantre*. Paris: Carnetsnord, 2007. p. 102, tradução nossa.

El convencimiento de Girard³⁰ de que esta perspectiva nos conduce hacia un penúltimo punto de convergencia apocalíptico de los hombres, se basa, sin duda ninguna, en el Evangelio. Según él está la revelación de las cosas nuevas, lo nuevo absoluto que nos espera, la Parusía, es lo anunciado por el Apocalipsis:

El triunfo de Cristo tendrá lugar en un más allá del que no podemos definir ni el lugar ni el tiempo. Mas la devastación no depende más que de nosotros: los textos apocalípticos hablan de una guerra entre los hombres, no de una guerra de Dios contra los hombres. ¡Es necesario arrancar lo apocalíptico a los fundamentalismos! Este desastre es pues insignificante en relación a la positividad de las cosas. No concierne más que a los hombres, en cierto sentido, y no quita nada a la realidad del más allá. La violencia de los hombres produce lo sagrado, pero la santidad conduce a esta "otra orilla" en la que los cristianos, como los judíos por otra parte, mantienen la convicción íntima de que no será jamás manchada por la locura de los hombres.

No obstante está en nuestras manos. Dios lo ha dejado en nuestras manos. Hubiera sido un fraude un final predeterminado. Ha sido correr un riesgo infinito el que la criatura pueda destruir definitivamente la creación pero es la única posibilidad de salvar nuestra dignidad.

30 GIRARD, René. *Achever Clausewitz: entretiens avec Benoît Chantre*. Paris: Carnetsnord, 2007. p. 103, tradução nossa.

BIBLIOGRAFIA

- CANETTI, Elias. *Masa y poder*. Madrid: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2002.
- DAMPIERRE, Carlos Ramírez de. *Blaise Pascal: obras completas*. Madrid: Alfaguara, 1981. p. 181.
- DERRIDA, Jacques. *La dissémination*. Paris: Éd. du Seuil, 1993.
- DUPUY, Jean-Pierre. *Pour un catastrophisme éclairé: quand l'impossible est certain*. Paris: Éd. du Seuil, 2002.
- GIRARD, René. *Achever Clausewitz: entretiens avec Benoît Chantre*. Paris: Carnetsnord, 2007.
- _____. *Aquel por el que llega el escándalo*. Madrid: Caparrós, 2002.
- _____. *Cuando empiecen a suceder estas cosas: conversaciones con Michel Treguer*. Madrid: Encuentro, 1996.
- _____. *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. Paris: Grasset, 1978.
- _____. *Je vois Satan tomber comme l'éclair*. Paris: Librairie générale française, 2001.
- _____. *Mensonge romantique et vérité romanesque*. Paris: Hachette, 1985.
- HEIDEGGER, Martin. *¿Qué es eso de filosofía?*. Buenos Aires: Sur, 1960.
- HENRY, Michel. *La barbarie*. Madrid: Caparrós, 1992.
- ILLICH, Ivan. Némesis medical. In: DUPUY, Jean-Pierre (Org.). *La marque du sacré*. Paris: Carnetsnord, 2009.
- RATZINGER, Joseph. *Fe, verdad y tolerancia: el cristianismo y las religiones del mundo*. Salamanca, Sígueme, 2005.
- SCHWAGER, Raymund. Mimetische Theorie und Theologie. In: NIEWIADOMSKI, Jozef; PALAVER, Wolfgang (Hg.). *Von Fluch und Segen der Sündenböcke*. Thaur, Wien: Kultur-verlag, 1995.
- WILLIAMS, J. G. *The Girard' reader*. New York: Cross Road Book, 1997.